

había hecho volver a África, como dijimos en su lugar, algunas bandas de berberiscos; pero la mayoría se había quedado en España sufriendo toda clase de contrariedades y hasta gran hambre. No podían pues estar los berberiscos mejor dispuestos para escuchar la predicación de un hombre que se presentó en el año 150 (767) como descendiente de Alí y de Fátima, la hija del profeta; era un maestro de escuela llamado Schakya ó Sofyan, medio loco ó bellaco, natural de la España occidental, una especie de Mahdi. Los berberiscos, que en la mitad septentrional de la España mahometana formaban la gran mayoría de la población, acudieron á él de todas partes; con ellos se apoderó el santon de Mérida y de otras poblaciones y hasta el año 155 (772) llevó en todas las acciones la ventaja sobre las tropas de Abderraman, hasta que éste logró introducir la discordia entre los berberiscos, y rechazar al santon y á sus partidarios hácia el Norte. Entonces se levantaron á sus espaldas los yemenitas en union con los berberiscos sus vecinos en el Oeste; pero también supo el astuto emir introducir la discordia entre ellos utilizando hábilmente las antipatías nacionales, y al fin los sublevados quedaron completamente vencidos en la batalla sangrienta que les libró Abd-el-Melik-ben-Omar á orillas del Bembezar, afluente del Guadalquivir entre Córdoba y Sevilla en el año 156 (775). Mientras continuaba la guerra contra Schakya, un jefe de yemenitas llamado Suleiman-el-A'arabi, gobernador de Barcelona, en union de algunos parientes del fihrita Yusuf intentó una empresa peligrosísima.

En España, como en todo el Occidente y hasta en Oriente, resonaba entonces la fama del joven soberano germánico, el rey de los francos, Carlomagno, que justamente, en 773, acababa de destruir el reino longobardo en Italia. El emir Abderraman, ocupado en las guerras interiores, no había podido impedir la toma de Narbona por Pipino en el año 142 (759), y desde entonces no habían cesado los conflictos entre francos y árabes, tanto al Norte como al Sur de los Pirineos, siendo de temer que arregladas las cosas en Italia en 776, Cárlos emprendiera una campaña contra los mahometanos. Suleiman-el-A'arabi y los dos jefes fihritas, parientes del destronado y difunto Yusuf, se dejaron llevar del odio que profesaban á Abderraman, el enemigo mortal de su tribu, hasta el extremo de ser traidores á su religion y á su patria, y buscaron contra su emir la alianza del rey de los francos, esto es, de los cristianos tan despreciados por los musulmanes creyentes. En Paderborn, en Westfalia, donde á la sazón Carlomagno, despues de haber sometido á los sajones, había reunido á sus hombres de armas en la asamblea tradicional del mes de mayo del año 777 (160), se pusieron los tres jefes moros de acuerdo con el rey franco, conviniendo en que Cárlos entraría en España al año siguiente, 778 (161), y desde Barcelona ó Zaragoza El-A'arabi le daría auxilio, y simultáneamente se levantarían en armas los fihritas en el Mediodía, ayudados por los berberiscos de África que con este objeto pasarían á España. De esta manera Abderraman, que entretanto había vencido con sus tropas asalariadas y propias al partido del santon Schakya, asesinado poco antes, se encontraría entre dos enemigos, á lo cual se agregaban en el Norte el poder y el talento militares irresistibles de Carlomagno. La situación de Abderraman no podía ser mas comprometida; pero esta vez, como otras, el emir omniada tuvo de su parte la fortuna. La sublevación fihrita en el Mediodía se hizo antes de que pudiera ser auxiliada desde la parte del Ebro y antes de que Cárlos hubiese atravesado con su hueste los Pirineos; los fihritas, chasqueados, volvieron á su antiguo odio contra los yemenitas y marcharon al Norte para tomar venganza; pero fueron rechazados

por los que poco antes habían sido sus aliados y la explosión no produjo el efecto que se había calculado. Poco despues acabó con el jefe de la sublevación el puñal de un asesino enviado por el emir. Cuando Cárlos penetró despues en España y se dirigió á Zaragoza, la población de esta ciudad siempre heroica no quiso obedecer las órdenes de El-A'arabi, que se hallaba en ella, y cerró sus puertas al extranjero. Cárlos la puso sitio, pero apenas había dispuesto lo necesario cuando recibió la noticia de que los sajones habían vuelto á levantarse en armas, acaudillados por Witikindo. Esto le obligó á emprender á toda prisa su regreso y dirigirse con su ejército á Alemania. Entonces fué cuando los vascos atacaron y destruyeron en Roncesvalles la retaguardia de los francos, mandada por Rolando ó Roldan, gobernador de la Bretaña, en el año 778 (161). Esta derrota, y mas las guerras contra los sajones, bávaros, avaros, daneses y eslavos impidieron á Carlomagno volver en persona á España ni mezclarse en adelante, como tampoco se mezclaron sus sucesores, en las cosas de la península ibérica. Pero si Abderraman nada tuvo que temer en adelante por aquel lado, no por eso descansó, porque las rebeliones y sublevaciones de jefes de tribu y de gobernadores de provincias se repitieron, aunque con menos violencia, hasta su muerte, ocurrida en 172 (788).

Abderraman había vencido y humillado á la aristocracia árabe, pero no la había muerto, de lo cual hubo de convenirse mas de un descendiente suyo. Despues de su muerte, costó todavía grandes esfuerzos consolidar el trono de los omniadas y conseguir que el que lo ocupaba fuese obedecido en todo el país, hasta en los puntos extremos. Parece, no obstante, un cuento fantástico la vida de Abderraman, que extranjero, aventurero y pobre, logró hacerse soberano de la población vigorosa y guerrera de un gran país y mantenerse en esta posición impávido é inquebrantable durante decenios, en medio de incesantes ataques de sus adversarios recalcitrantes, como peñasco en medio de las olas enfurecidas del mar. Verdad es que la consolidación de la nueva dinastía se logró sacrificando á cuantas personas estorbaban, sin mirar si eran amigos y servidores fieles ó enemigos; Abderraman pagó con negra ingratitud y traición á los que le habían preparado el trono y sentado en él; los rios de sangre que costó, las traiciones, felonías y otros actos abominables é infames crearon al rededor del monarca una atmósfera letal, que ahuyentó hasta á sus servidores y amigos mas leales, y algunos no pudieron menos de manifestar su repugnancia y atraerse con esto la aversión del terrible emir, como sucedió al fidelísimo y encanecido Obeidallah, á Ibn Khalid y otros. La soberbia que se había apoderado de Bedr, recompensado con munificencia, pero al cual Abderraman lo debió todo, podía justificar el destierro de este servidor fiel y activo á la frontera del imperio franco; pero de ningun modo el abandono en que le dejó perecer, falto de lo mas indispensable para la vida. Todo esto, al cabo, enajenó al monarca brutal y siniestro la simpatía del pueblo bajo, por el cual había hecho mucho, especialmente en la capital, procurándole trabajo é inspirándole respeto con su gobierno y la construcción de obras de utilidad pública y de lujo, como la de un vasto palacio, de la célebre mezquita y otras obras. Pasó los últimos años de su vida agitada y llena de vicisitudes solo, en el vacío que había formado á su rededor, bien que había logrado su propósito de ser amo absoluto.

Cuenta un cronista que Mansur, el califa abasida, preguntó un día á sus cortesanos quién era el azor (1) (*sakr*) de

(1) En el sentido de «el águila», el mas prominente, mas grande y mas emprendedor de los soberanos de la familia Koreisch.

los koreischitas. Los cortesanos naturalmente tuvieron buen cuidado de decir que era su soberano, pero esta vez no aceptó Mansur este incienso, si bien lo habrían pasado mal quizá aquellos si no hubiesen nombrado primero á su amo, y les contestó con una mueca de desprecio: «¡Quiá!» Entonces dijeron los cortesanos: «¿Moawiya quizás?» «Tampoco.» «¿Abd-el-Melik-ben-Merwan?» «Tampoco.» Los cortesanos hubieron de manifestar que ya no sabían á quién citar y el califa les dijo: «El azor de los koreisch es Abderraman, el hijo de Moawiya, que con su astucia se libró de las lanzas y espadas afiladas (1), y atravesando desiertos y mares entró en un país extranjero enteramente solo, y construyó allí fortalezas, creó ejércitos y una administración, en una palabra, un gobierno del cual ni había vestigios, y todo esto con la energía y la constancia. Moawiya debió su fortuna á un corcel en el cual le sentaron Omar y Othman despues de haberle enseñado, y Abd-el-Melik fué reconocido (2), y este reconocimiento fué duradero, y yo he subido gracias al celo de mis parientes y á la union de mi partido; pero Abderraman estaba solo sin otro auxilio que su genio, ni mas compañeros que su resolución.» A esto podemos añadir que no trabajó solamente para sí, sino para el Islam, porque si el Islam se arraigó sólidamente en España, si para bien de todo el país se fundieron en un solo pueblo árabes y españoles europeos, cuyas obras excitaron la admiración de los coetáneos y de la posteridad, pertenece la gloria al sagaz, atrevido y maligno «azor de los koreisch.»

CAPITULO II

LOS ÁRABES Y LOS ESPAÑOLES

Al cabo de treinta años de guerra entre la aristocracia y la monarquía, esta había quedado vencedora. Lo que faltaba ver era si la victoria sería permanente. Para serlo habría sido necesario que los descendientes de Abderraman hubiesen heredado de éste siquiera una parte de su energía, la suficiente para impedir que el elemento aristocrático debilitado se volviera á robustecer. Esto no sucedió siempre, y además se agregaron á la falta de la energía necesaria y á las dificultades antiguas otras nuevas que resultaron de las complicaciones cada vez mayores que se manifestaron en las relaciones de los señores árabes y de sus súbditos, y entre el Islam occidental y el cristianismo. Estas grandes dificultades fueron acrecentadas por diferentes circunstancias secundarias, como las originadas por algunas luchas de sucesión inevitables en las dinastías orientales, otras por las poblaciones urbanas que empezaron á tener conciencia de su importancia y poder, y por mala inteligencia entre el gobierno y el clero mahometano que gradualmente adquirió el carácter de una corporación influyente. Entre tanto se iban hermanando las diferentes clases de la sociedad por efecto del continuo contacto en las diferentes poblaciones y gradualmente se iba formando una nueva sociedad hispano-árabe unificada, sin que por esto faltasen de cuando en cuando choques mas ó menos peligrosos hijos de los contrastes nacionales y religiosos. Los emires de Córdoba fueron cada vez mas impotentes para dominar todos estos movimientos encontrados; el efecto del trabajo político de Abderraman se debilitó con el trascurso del tiempo y la aristocracia levantó otra vez la cabeza; pero ya no fué posible destronar ni echar de España á los omniadas sostenidos por el ejér-

(1) Cuando los abasidas perseguían en todas partes á los omniadas y los hicieron matar.

(2) En vida y por orden de su padre Merwan.

cito asalariado y propio, creado sólidamente por Abderraman y aumentado mucho en los últimos años de su reinado con berberiscos y esclavos comprados. Los jefes, sobre todo en las provincias mas distantes de la capital, empezaron á hacerse independientes del monarca, y paso á paso lo consiguieron uno tras otro, mientras la resistencia del elemento cristiano se fué marcando mas y mas en las fronteras como en el interior. Al mismo tiempo el elemento de los renegados, ofendido de mil maneras en su sentimiento nacional, se agitó igualmente hasta que al fin estalló en una sublevación que amenazó acabar con el dominio de los árabes en una gran parte de la península, particularmente en el Mediodía. La guerra contra los renegados debilitó el poder de los emires de Córdoba, tanto como la insolencia de los magnates; pero la imposibilidad de una union de los árabes con los españoles contra la dinastía reinante, y la guerra inevitable que se hacían unos y otros, contribuyeron á que se sostuvieran los monarcas navegando hábilmente entre los dos elementos opuestos hasta que apareció en la escena otro Abderraman poderoso que de victoria en victoria sometió á los contrarios, debilitados por largas luchas, y á la sombra de su gobierno enérgico pero benévolo, creó un pueblo nuevo y unificado, compuesto de los diferentes elementos que tenía bajo su cetro.

Pasaremos por alto en nuestra narración las contiendas que originó la subida al trono de los dos primeros sucesores de Abderraman, por no ofrecer sus peripecias ningun suceso de importancia, bien que siempre perjudicaban al país. Despues de algunas vicisitudes fué reconocido emir Hixam I, hijo de Abderraman, que antes de morir le había nombrado sucesor suyo. Reinó Hixam cerca de ocho años, desde 172 (788) hasta 180 (796), sin tener que luchar con turbulencias interiores, salvo algun caso muy pasajero. Sin carecer de energía, era humano, sencillo y reposado, de suerte que su reinado formó un benéfico contraste con el de su terrible padre, y permitió á la aristocracia vivir en paz y armonía con él, y al gobierno emplear sus fuerzas contra los enemigos exteriores, contra los cristianos del Norte de España, por primera vez desde mas de cuarenta años. Ya era tiempo, porque desde el año 136 (753-754) Alfonso I había hecho retroceder á los mahometanos desde la frontera de Asturias hasta mas allá de la sierra de Guadarrama, y á haber podido repoblar en corto plazo con cristianos los territorios reconquistados, habría cuando menos amenazado seriamente la línea del Tajo. En el Nordeste dieron mucho qué hacer los vascos desde que habían recuperado á Pamplona; y por otra parte, la invasión de Carlomagno había demostrado la posibilidad de nuevas complicaciones peligrosas por aquel lado. Hixam, sin embargo de no ser monarca enérgico, era mahometano celoso y devoto y consideraba como supremo deber la guerra santa contra los infieles. Así, tan pronto como se vió establecido sólidamente en el trono, envió tropas contra las Asturias y Galicia por un lado, y por otro contra los francos. Andaban divididos los cristianos desde la muerte del rey Silo en el año 783 (166-167), con motivo de las disputas de pretendientes al trono y por disensiones entre los grandes; y en estas circunstancias, las huestes mahometanas pudieron devastar á sus anchas el Norte de la península. Con la subida al trono de Alfonso II, el Casto, que reinó desde 791 (175) hasta 842 (227), volvió á hacerse mas eficaz la defensa del territorio cristiano. Abd-el-Melik-ben Abd-el-Walid, general de Hixam, pudo destruir todavía en el año 178 (794) la capital de Asturias (3), pero en su retirada sufrió una derrota muy sensible, causada por los asturianos que le

(3) Probablemente Oviedo.

dieron alcance y muerte. Alfonso, previendo que Hixam no dejaría de querer vengarse, llamó a su auxilio a los vascos y los francos de Aquitania, porque no se sentía con fuerzas suficientes para hacer frente a nuevos ataques. Los francos no se lo dejaron decir dos veces; la Aquitania, gobernada por Luis el Piadoso en nombre de su padre Carlos, había tenido que sufrir el año antes, 793 (177) (1), una incursión de mahometanos, conducidos por Abd-el-Melik, que redujeron a Narbona a cenizas y devastaron el país hasta muy al interior. Los vascos también enviaron algunas fuerzas; mas a pesar de todo, los cristianos salieron muy mal parados de la campaña que en el año 179 (795) emprendieron contra ellos los musulmanes conducidos por Abd-el Kerim, hermano del difunto Abd-el-Melik. Los cristianos derrotaron a una de las columnas volantes encargadas de guardar los flancos del ejército principal; pero éste venció luego en todas partes, tomó a Oviedo por segunda vez y regresó al Sur cargado de botín antes del invierno. La fortuna cambió a la muerte de Hixam que ocurrió pocos meses después, demasiado pronto para su reino, en 180 (796). Su hijo y sucesor, El-Hakam I, envió en otoño del mismo año un ejército contra Galicia, mostrando así su intención de continuar la política de su padre; pero disturbios interiores paralizaron sus fuerzas. Primero se armaron contra él sus tíos para echarle del trono; luego se aprovecharon de estas discordias los gobernadores al otro lado del Ebro para ver si podían hacerse independientes, y finalmente, hubo conatos de rebelión en las ciudades principales del reino, que ocuparon al emir y le impidieron pensar en nuevas empresas contra los cristianos, limitándose apenas a rechazar sus ataques. Continuaba existente la alianza entre Alfonso y Carlomagno, y los pretendientes al trono de Hakam se pusieron con sus fuerzas armadas a disposición del rey de los francos. Al mismo tiempo los gobernadores árabes de Barcelona y Huesca, que abrigan la esperanza de hacerse independientes entre su emir y los francos, fueron tan desleales, que entraron también en negociaciones con Carlomagno y su hijo Luis, ofreciendo entregar a los aquitanos las plazas fuertes al Norte del Ebro. Hakam se defendió con valor, luchando contra los rebeldes y contra los francos, ora en el Sudeste, ora en el centro de España, ora al pie de los Pirineos; pero las fuerzas de tantos enemigos eran demasiado numerosas para que el emir pudiese impedir una campaña devastadora, que Alfonso emprendió en el año 182 (798) al Oeste, llegando a apoderarse, aunque solo por el momento, hasta de Lisboa. Entretanto Luis el Piadoso, que no podía ver a los mahometanos, cansado ya de las veleidades de los comandantes árabes de las plazas fuertes de Cataluña y Aragón, hizo poner sitio a Barcelona, después de varias expediciones a las citadas provincias, en el año 185 (801), y obligó a la ciudad a rendirse, a pesar de la defensa tenaz y prolongada durante meses de su guarnición. Los mahometanos jamás volvieron a recuperar por algún tiempo esta plaza fuerte, la cual desde entonces constituyó un sólido punto de apoyo de los condes instalados por Carlomagno en la «Marca española.» Desde entonces también al reino de Asturias y León y al reino vasco-navarro se agregó un tercer Estado cristiano en el Norte de España: el condado de Barcelona.

Durante decenios fué permanente la guerra, interrumpida raras veces por treguas, en la línea del Ebro, sin modificar esencialmente los dominios respectivos; Barcelona y Pamplona permanecieron al cabo siempre en poder de los francos, y Huesca y Zaragoza en poder de los árabes. El año 200 (816) Hakam hizo invadir por su general-Abd-el-Kerim el

(1) Cuando Luis, que nació el año 778, solo contaba 15 años.

territorio cristiano al Norte del Tajo; pero en el mismo año Alfonso derrotó a otro ejército mahometano completamente, y durante mucho tiempo las armas mahometanas no alcanzaron tampoco por aquel lado nuevos triunfos, bien que a los cristianos pasó poco más o menos lo mismo. Alfonso II estuvo tan ocupado en organizar su reino, en restaurar lo que los árabes y berberiscos habían destruido en sus campañas de rapiña, y en construir iglesias como la de Santiago de Compostela, erigida sobre el sepulcro del apóstol Santiago descubierto en su reinado, que aunque hubiese podido colonizar con cristianos los territorios arrebatados a los moros, no habría podido pensar en hacer nuevas conquistas a expensas del emir de Córdoba. Así, pues, las operaciones ofensivas se redujeron a alguna expedición en las comarcas fronterizas, pero sin trascendencia; por lo cual las pasamos ahora y en adelante por alto.

Mientras Hakam, luchando con diversos obstáculos conseguía detener los progresos de los carolingios y defender su territorio contra los ataques de los asturianos, habían comenzado a realizarse, en parte ya en el reinado anterior entre sus súbditos modificaciones religiosas y sociales de mucha trascendencia, y cuyos efectos al principio apenas visibles, se hicieron sentir luego con mucha rapidez en las relaciones políticas en el interior del país amenazando con nuevas complicaciones muy graves.

El difunto emir Hixam había sido, además de humano y benévolo como hemos dicho, hombre sinceramente religioso y devoto; tomaba la religión mahometana en serio y se esforzó en ajustar a sus preceptos sus actos y toda su vida. Iguales propósitos y deseos animaban a la gran mayoría de los musulmanes españoles, en la cual sin embargo no figuraba en primera línea por cierto la aristocracia antigua árabe, propietaria del país. En esta clase solo se atenían a las tradiciones ortodoxas los contados descendientes de los que habían formado el antiguo partido de Medina; los demás miembros de la aristocracia, tanto yemenita como keisita, a excepción de algunos pocos cuyos ascendientes habían combatido en las guerras civiles al lado de Alí ó de todos modos contra los omniadas, solo recordaban el brillo mundano de la corte de Damasco y estaban acostumbrados a ser poco escrupulosos en materia de doctrina y en su vida en general. Tal había sido la costumbre corriente en el mejor tiempo de los omniadas, y hombres más rígidos que Someil bebían vino como cosa muy lícita. Esta diferencia religiosa que posponía la causa común del Islam a los intereses personales de los ambiciosos, hizo que jefes de partido y gobernadores de provincias y ciudades no tuvieran luego escrupulo de entrar en negociaciones como hemos visto con príncipes cristianos, haciendo así traición al Islam y a su soberano. De manera muy diferente se condujeron los berberiscos y los españoles convertidos al Islam. Aquellos, siempre supersticiosos, imaginaron una multitud de herejías, algunas muy chocantes, pero jamás fueron descreídos, y los renegados se inclinaron desde el primer instante por más de un motivo al bando ortodoxo. Las clases media y baja, constituidas por los españoles sometidos, habían vivido siempre desamparadas y oprimidas por los poderosos desde la introducción del cristianismo en España (2), y hasta el clero en lugar de enseñarlas y doctrinarlas había preferido explotarlas y abusar de ellas; así era que la religión cristiana no estaba muy sólidamente arraigada en los corazones, y cuando vino el Islam y libró al pueblo español de la opresión de la nobleza goda y del clero, encontró al pueblo en todas partes

(2) Y desde mucho antes, desde la época de la república romana. (N. del T.)

dispuesto a admirar la religión nueva y a adoptarla no solamente en apariencia sino con entera fe. A esta disposición se agregó la pasión enérgica que el español pone en todos sus actos y principalmente en las cosas de religión, y que hizo que los recién convertidos imitaran, no a los descendientes de Siria, sino a los devotos descendientes de los antiguos partidarios de Medina, y a los berberiscos, que además eran superiores en número a los árabes, sobre todo en el ejército. Así fué que las masas eran sin excepción ortodoxas cuando el devoto y piadoso Hixam creyó conveniente dar una organización definitiva a la iglesia ortodoxa y hacer de ella, conforme exigía también el espíritu verdadero del Islam, un partido ó poder político.

Ni en los tiempos de la antigua aristocracia, ni bajo el gobierno duro de Abderraman I se había cuidado nadie de saber cómo y dónde los teólogos, que desempeñaban las funciones ya de imanes, ya de magistrados ó cadíes, habían adquirido los conocimientos que necesitaban para cumplir dignamente sus cometidos, ni de cómo cumplían éstos; porque siendo un deber sabido y riguroso hacer la peregrinación a la Meca, era también cosa entendida que los hombres piadosos y deseosos de conocer la ley de Dios a fondo, al pasar a la Meca escucharían y estudiarían allí a los pies de los más célebres doctores de la ley divina la tradición mas genuina y mas completa del Profeta y de la religión verdadera. Era natural que estas almas religiosas no fuesen a estudiar ni a Cufa ni a Bagdad, donde en el tiempo de los primeros abasidas Abu Hanifa y sus discípulos enseñaban un sistema teológico-jurídico con visos racionalistas, sino allí donde se enseñaban la palabra de Dios y las expresiones auténticas de su enviado sin añadidura ninguna, y particularmente sin el deslumbrador pero pernicioso oropel, tan seductor para las almas sencillas, de las explicaciones complementarias, destinadas a poner el texto sagrado en armonía con la razón. Para oír la religión pura solían acudir los españoles mahometanos a Medina, donde el devoto y correcto Malik Ibn Anas les explicaba su famosa colección de preceptos y de sentencias de Mahoma, que lleva el título de *El Mowatta*, ó sea «El camino llano,» obra que por la mediación de los escolares españoles fué adoptada muy pronto en todo el Oeste por guía infalible en la práctica como en la teoría teológico-jurídicas. Este libro en España quedó como tal guía mientras existió la religión de Mahoma, y hoy en todo el Norte de Africa la escuela jurídica de Malik Ibn Anas es la que predomina. Forma la esencia de esta escuela la fe absoluta en los preceptos y doctrinas sacadas, según el método de los guardadores de la tradición, de la masa de tradiciones conservadas, con renuncia completa al empleo de toda crítica racional. Las palabras del Profeta transmitidas por sus primeros compañeros son las únicas legítimas, de suerte que debe rechazarse toda tentativa de interpretación, toda conclusión basada en analogías y otras argucias, aunque se empleen con el propósito de colocar la ley sagrada en un terreno desde el cual pueda desenvolverse y ser aplicada a circunstancias nuevas. Es la ortodoxia honrada y por lo mismo respetable, pero insostenible por ser enemiga de la ciencia que progresa; y por lo honrada y respetable gustó a los españoles, y por prescindir de la ciencia y de la crítica gustó a los berberiscos; y también fué del gusto del piadoso, benéfico y sencillo Hixam, lo cual no impidió que fuese un monarca muy notable. Con gran celo trabajó por la adopción del *mowatta* en la práctica jurídica, a cuyo fin colocó en todos los puestos correspondientes a discípulos de Malik, rodeándolos de tanto respeto que desde entonces formaron una corporación, un instituto organizado, una potencia independiente cuyo influjo sobre

el pueblo quedó sólidamente asegurado. Llamábanse en el Occidente mahometano *fakihs* en lugar de ulemas. Mientras vivió Hixam contribuyeron estos fakihs a robustecer el trono de su protector y no se cansaban de ensalzar la religiosidad y piedad del soberano y propagar los elogios que su papa Malik hacía de este omniada piadoso. Sin embargo, este clero naturalmente podía llegar a ser peligroso el día en que llegase a ocupar el trono un monarca no dispuesto a dejarse gobernar por él. Dan una idea del espíritu que reinaba en la corporación de los fakihs las dos anécdotas que se han conservado de Yahya Ibn Yahya, jefe de estos santones en el reinado de Hixam y en los de sus dos primeros sucesores, el cual había estudiado la ley divina con Malik y en las cátedras de teólogos notables de la Meca y del Cairo. Yahya era berberisco; había hecho estudios muy notables con los teólogos de Córdoba y a la edad de 28 años se dirigió a Medina para recibir lecciones de Malik. Su aplicación llamó muy pronto la atención del anciano maestro, que contaba sus discípulos por centenares. Sucedió un día que se enseñaba en la ciudad un elefante, animal raro en aquellas tierras, y a medida que la noticia se esparció entre los discípulos, fueron desapareciendo de la cátedra uno tras otro para ir a verlo, hasta que no quedaron mas que el maestro y Yahya. Al verse solos dijo Malik al discípulo: «¿Por qué no sales también tú, pues que en tu país no hay elefantes?» «He venido de España aquí, — dijo Yahya, — para verte a tí y aumentar mis conocimientos bajo tu dirección y ciencia, y no para ver elefantes.» Desde entonces llamó Malik a Yahya «el mas inteligente entre los andaluces» (españoles). Fué mirado después también en España como el mas grande entre los fakihs, y le gustaba que le designasen con el sobrenombre de «el Propagador,» es decir, del *Mowatta*. Hombre de pocas necesidades y desinteresado, rehusó una plaza de magistrado, y le gustó mas vivir en la corte, libre é independiente, como asesor teológico del emir y autoridad suprema en cosas de la fe y de la jurisprudencia, y hacer sentir esta su autoridad a los árabes profanos. Pocos hombres resisten a la tentación de abusar de la autoridad que tienen sobre las conciencias, y el siguiente caso prueba que también Yahya con toda su piedad no estuvo exento del orgullo clerical. Abderraman II, segundo sucesor de Hixam, era un hombre sensual y devoto, por el estilo de la señora de Krüdenner. Dominábanle simultáneamente su sultana favorita y su asesor espiritual Yahya. Una vez, durante el mes del Ramadan, que es de abstinencia, había entrado Abderraman en su harem; pero remordiéndole la conciencia, sometió este quebrantamiento de la ley a la decisión de los teólogos reunidos en consejo, y antes que otro ninguno pudiese tomar la palabra dijo Yahya: «Esto se expía con dos meses mas de abstinencia;» y como en España no ha sido jamás prudente contradecir a un inquisidor general callaron los demás, pero después de la sesión preguntaron a su jefe espiritual: «¿Por qué motivo no has fallado según la doctrina de Malik, que admite en estos casos como expiación del quebrantamiento de la abstinencia la liberación de un esclavo ó la alimentación de un pobre?» A lo cual contestó Yahya: «Si le hubiésemos abierto esta puerta, no pasaría día sin que pecara y después de pecar daría libertad a un esclavo; por este motivo le he impuesto la penitencia mas dura para que no reincida.»

Un hombre de esta índole no podía tener buenas relaciones con el hijo de Hixam, Hakam I, que reinó desde el año 180 (796) hasta 206 (822). No era Hakam hombre irreligioso pero tampoco era mojigato como su padre, y en lugar de visitar como éste pobres y enfermos se iba a cazar, bebía vino y no quería considerar como pecados estas y otras li-